

## DOS POEMAS

### LA VIDA, AÚN

¿Dónde quedó la alegría de vivir?  
La desaprensiva lentitud en el trato  
y la clara mirada del orgullo,  
la vislumbre del carácter y el destino,  
la mano que sabía prohibir y consagrar,  
los cuerpos que dan gracias al alma  
y ágiles como la parra se enlazan  
en las noches del placer y también  
del dolor; todo lo que fue ceremonia,  
frugal o generosa celebración ¿ahora  
dónde está, bajo cuánto oropel  
y odio y oprobio yace? ¿Hay seres  
que aún vivan en la amistad del clima,  
respiren el hálito de la tierra  
cuando amanece, se bañen en el mar  
como una purificación? ¿Es hermosa  
aún la hermosura, se ilumina su rostro  
en los días aciagos y lo amamos  
con paciencia?

¿O sólo hemos sido  
sangre rencorosa, paciente sólo  
para la insidia y el ultraje?  
¿Conocimos alguna vez la pasión,  
el padecimiento de su larga herida?  
¿O apenas nos alcanzó el alma  
para la astucia, el requintado  
honor, la ávida vanidad? ¿Alguna  
vez fuimos justos sin mediar  
el escarnio? ¿Y entre tanto ahí  
estaba el escarnio desesperado  
en la miseria, y piedad  
no tuvimos, ni reverencia? ¿Y entre  
tanto, por todo lo que cuesta ser  
hombre, apenas éramos venezolanamente  
retrecheros?

O sólo fue falaz  
la vida, y venal. Sólo ella no supo  
ser austera, no se jubiló a tiempo,  
ni siquiera tuvo tiempo de sacar  
un seguro de vida. A todos  
se prostituyó: era demasiado hermosa  
y sólo quería dar placer,  
o su ilusión. En el fondo, nunca  
pensó que iría a morir. Ahora busca  
refugio en la memoria, deambula  
por jardines desolados creyendo  
cifrar en la rosa o el jazmín que amó  
el íntimo y desnudo destello  
que la prendía al mundo. Se va llenando  
de ruinas en la casa que cubre  
la hiedra. Se da cuenta que ya no  
cuenta, y limpia sus máscaras.  
Ahora aprende a vivir de su único  
rostro: su secreta agonía.

*Abril - junio, 1989*

## APENAS AYER

Parece que fue apenas ayer.  
En el techo, los ventiladores  
habían detenido las aspas,  
más inmóviles por el bochorno  
de ese mediodía. Desde el patio  
el olor de los malabares  
refrescaba como los abanicos  
la sumisa penumbra de la sala.  
Aligeradas, salidas del trajín  
de los oficios, conversan  
las mujeres y lentamente van  
dando vida al reposo. Los higos  
ya han madurado y la parra  
empieza a cargar. En todo  
el santo día abuelo no sale  
de la biblioteca. Los muchachos  
nunca llegan a tiempo. Y más  
que otras veces la cena será  
hoy puntual. Demasiados  
presagios, la mudanza puede  
ser inminente. La blancura  
del rostro de mi madre resalta  
aún más patética por el luto,  
la quebrantada belleza. Parece  
que fue apenas ayer, dice  
sin decirlo. Y como otro instante  
en el instante revive el lejano  
esplendor, el vértigo del viaje  
contra el destino, la agonía  
que nunca llegó a ver, el final  
desalojo, la muerte. A esa misma  
hora una última brasa se va  
consumiendo en el río, las aguas  
se entregan a la gran noche;  
en el desamparo, la ciudad  
se recoge en su memoria, espera.  
Madre no faltará al trisagio  
en la catedral a las siete.

*Agosto 31, 1989*